ENRIQUE CARDENAS DE LA PEÑA

TRIPTICO DE ENTRADA

DISCURSO DE INGRESO

ERNESTO DE LA PEÑA

RESPUESTA

ACADEMIA MEXICANA

México D.F. 15 de julio de 1997

A mi padre, a mi hijo, a mi nieto:
tres Enriques

Y cuanto la poesía puede ser y no ser,
vaciado en los moldes del espíritu,
desencadena el remolino y el incendio,
y halla al fin su cauce exterior en la voz humana:
adecuada consumación de una sustancia inapresable.

Dora Isela Russell
La poesía, oficio secular

¿Y la poesía? Palabras y palabras y
palabras no desentrañarían el inmenso
caracol de su imagen

Fernando Sánchez Mayans
Sobre *Tarumba*, de Jaime Sabines

Esta noche impensada, envuelta por azares del destino en la benevolencia de quienes han tenido a bien apoyar mi ingreso con su voto, particularmente el secretario don Manuel Alcalá, el buen amigo Guido Gómez de Silva y el doctor Ruy Pérez Tamayo –tal el motivo que me coloca en deuda con ellos–, acudo a este recinto para entregar al auditorio mi pensamiento, mi imaginación y mi sueño. Mi pensamiento ligado sobre todo a la ciencia de la historia –que para mí representa mi segundo cobijo si la medicina puede considerarse como la respuesta inicial dentro del conocimiento adquirido en mi juventud–, resbala por los vericuetos enlazados de preguntas y respuestas, éstas a veces dudosas y hasta falsas, extraídas las más de las veces de repositorios documentales añejos por no decir vetustos, que descorren las centurias otrora perecederas. Mi imaginación, porque el imaginar, en recreación mental, me coloca en un mundo prefabricado que en multitud de oportunidades me devuelve a mi infancia, y retornar a la primera edad es continuar dentro del universo fantasioso del sobresalto y la felicidad. Mi sueño, como último resultado, dentro de las volutas inasibles del inconsciente, donde el ser humano revuelve leyendas y sucedidos, aconteceres reales o fingidos, extractos muchas veces de una eclosión interior adormilada por quién sabe cuanto tiempo.

Para decantar las tres entidades, mi ocurrencia, leída tras también agradecer a mi primo hermano Ernesto de la Peña su bondadosa aceptación por rendir la respuesta usual a mi trabajo primigenio dentro de esta corporación –el recuerdo de familia nos mantiene enlazados, querámoslo o no–, he dado en intitularla *Tríptico de entrada*, por entretejer tales eslabones a los cuales me referiré en sucesión, bajo los títulos *Ráfaga de sombras*, *El sillón vacante* y, quizá como tema central de mayor alcance, *Elías Nandino y la revista "Estaciones"*. Pensamiento, imaginación y sueño en giro constante, que al fin la vida resulta atrapada en alguno de cualesquiera de estos tres aleteos.

Ráfaga de sombras

Si identificamos como sombras a ciertas obscuridades, proyecciones negruzcas que un cuerpo lanza en el espacio en dirección opuesta a aquella por donde se le suministran los rayos del sol o de otro foco luminoso, en esta ocasión y en mi caso particular son *luz* por significarse como siluetas fantasmagóricas que entrañan vida, aparecidas en forma reiterada, así destellos de quienes en la imaginación o el recuerdo cintilan, vibran, mantienen comunicación conmigo mismo. Las sombras, aceptémoslo, danzan en derredor de cualesquiera de nosotros, devanándonos con intrepidez o mansedumbre. Desfiguradas por los años de abandono, delgadas o largas, chatas o encogidas, disueltas o

esfuminadas, de cualquier manera circulan en nuestro espacio como demostración de un registro existencial. Hay sombras filtradas en el corredor del espíritu al filo del pardear de la tarde, otras esquineras -al voltear de la esquina- semiescondidas con tristeza o vergüenza como incógnita imprevista, las más desparramadas por el piso sin límite preciso. Valederas, las sombras que traigo a colación resultan familiares, de maestros venerados, de amigos entrañables, de poetas a quienes tuve la fortuna de conocer, de historiadores que suscitan un común denominador, el de su liga con la Academia Mexicana. Sombras cambiantes, tímidas o presuntuosas, recortadas en el esbozo de la penumbra o realzadas al choque de la fuente lumínica contra el cuerpo que proyecta su contorno. A veces espectros furtivos. Vagas estas sombras queridas y requeridas, reflejadas al margen de un cosquilleo instantáneo.

Ya en familia, dentro del círculo que de largo me incumbe, la sombra alejada de mi antepasado, Rafael Angel de la Peña, autoridad en cuestiones filológicas y segundo secretario de esta docta corporación; la de Enrique Fernández Granados, Fernangrana, secretario quinto, autor de *Mirtos* y *Margaritas*, desposado con mi tía Asunción, hermana mayor de mi madre; la de don Francisco C. Canale, tercer tesorero aquí y médico conspicuo, visitante "de cabecera" en mi hogar de nacencia; la no menos dilecta del doctor Francisco Castillo Nájera, mi padre político, merecedor de un reconoci-

do homenaje no tan sólo por su calidad profesional, sino por la de diplomático de altos vuelos, defensor de los derechos de México en el tapete internacional, ocupante de la silla número XXII; y ¿por qué no?, la sombra iluminada de Rosario de la Peña, la tan controvertida "musa" de Manuel Acuña, tía abuela mía.

Dentro de un conglomerado magisterial, enseguida surge el repaso de aquel selecto grupo aposentado en la Escuela Nacional Preparatoria de la calle de San Ildefonso, donde cubrí mis estudios durante el bienio 1935-1936, a cuyo frente mi ilusión descubre y reconoce la silueta deshilvanada de don Erasmo Castellanos Quinto, sesentón de luenga barba, acompañado dentro del recinto señero por el venerable etimologista don José Ignacio Dávila Garibi. Junto a ambos, el academista y maestro en licenciatura y bondad, don Francisco Monterde, duodécimo director, erudito en múltiples andanzas históricas de nuestra lengua; el atildado don Julio Torri, perfeccionista en su cátedra de español; y en fin, el austero don Agustín Yañez, decimotercer director, montado "al filo del agua" sobre su pelo lacio echado hacia atrás y sus gafas anchas vestidas en carey, colocadas sobre la grupa de una nariz recia. ¡Cuánta sabiduría cifrada en tan pocas líneas!

Sobre el callejón de la amistad, más en confianza, Porfirio Martínez Peñaloza, crítico y ensayista, guía esclarecedor de mis eternas dudas gramaticales; Felipe Teixidor, genial en su recuento de

libros de biblioteca encantada; y Gonzalo Báez Camargo, nuestro "Pedro Gringoire" del *Excélsior* en su columna *Bibliogramas.*

En el recinto de la poesía, cinco genios afianzadores de la palabra selecta: Jaime Torres Bodet, en el dintel de las "fronteras" desplazadas "sin tregua" en tanto decide, dentro de la educación pública y el civilismo nuestros, que una sola estirpe de mexicanos no reconoce héroes o traidores en las guerras intestinas; Mauricio Magdaleno y su discurso recoleto de ingreso a la institución, exquisito en el "resplandor" que despide; Carlos Pellicer, ritmo e imagen en "práctica de vuelo" resumida como una apoteosis salvaje de los sentidos; Salvador Novo, llorando cuando "decimos nuestra tierra" allá por el rumbo de La Capilla; y José Gorostiza, quien desde sus "canciones para cantar en las barcas" avizora la "muerte sin fin", poema penetrante de sobria lucidez.

Consentido dentro de la historia del arte, Justino Fernández, caballeroso y distinguido, y relevantes en la historia genérica o la especializada, Roberto Moreno de los Arcos, memorista privilegiado, y don Francisco Fernández del Castillo, hacedor de una renovación profunda de la concepción del modelo y el trazo específicos dentro del modernismo histórico-médico mexicano.

Todos ellos, académicos. De allí la reverencia mía ante siluetas fieles, paseantes por nuestros

pasillos, de tintes azulosos sobre el bordo de la conciencia, detonante ésta como vibración súbita del pasado. Sombras, sólo sombras, pero ¡qué sombras!

El sillón vacante

Una sombra más cercana nos acompaña esta noche: la de quien, como mi predecesor en la silla número VI, llevó en vida el nombre de Edmundo O´Gorman. Costumbre es para quien ingresa a esta honorable corporación, pintar el retrato del inmediato ocupante del asiento. Confieso, de primera intención, que no es tarea fácil emprender el recorrido de una biografía, menos todavía si ésta se concreta a, en unas cuantas pinceladas, abocetar la personalidad y la obra ejecutada con pasión por un historiador de su talla. Rastrear a Edmundo O´Gorman en unos cuantos minutos significa un reto casi invencible. No obstante, con la agravante de tomar muy de paso el trascendental papel desempeñado por él, me atreveré a delinear su sombra gigantesca, sin antes dejar sentado que aun un perfil resulta "tarea de las más difíciles en la historia escrita", al decir de Luis González y González. Su semblanza mayor ameritaría mucha tinta, y la ocasión no lo permite. Disculpénseme pues, omisiones o ligereza en el ajuste del compromiso.

La imaginación, desde luego, aparece en estas circunstancias; al fin y al cabo, sin titubeos me atengo a la acertada frase de Azorín, aquella donde

declara rotundamente que, "en la historia más vigorosa, ¿podemos acaso evitar la filtración de lo imaginario?". O la advertencia caprichosa de Paul Valéry cuando coloca a la historia como "el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto". Añadiría yo que quien historia no debe fingir su sabiduría sobre el exclusivo descubrimiento de lo verdadero, sino también de lo falso: con competencia, sinceridad, verificación de los testimonios y crítica de interpretación. Con algo, más bien mucho, olvidado por el hombre en el mundo por el cual surcamos: la palabra *amor*. Pero sin que por ello nuestra historia deje de ser ciencia, a la manera de "invención, imaginación, creación libre de esquemas operativos tanto mentales cuanto técnicos, que permitan prever y gobernar los procesos del mundo", según el sentir reconocido de Pedro Laín Entralgo. Reconozcamos que, sin lugar a dudas, la obligación del conocimiento histórico es simplemente dar un sentido a la aventura del hombre, de unir a éste con su futuro.

Recojamos los hechos. Edmundo O´Gorman nace y muere en la ciudad de México, 24 de noviembre de 1906 y 28 de septiembre de 1995, respectivamente. Durante su fructífera vida, más que como abogado y pintor, actúa reciamente como doctor en historia. Suma preseas hasta alcanzar los premios Nacional de Letras, "Rafael Heliodoro Valle" y Universidad Nacional. Ocupa un sitial en la Academia Mexicana: electo el 11 de abril de 1969, lee su trabajo de ingreso el 24 de julio de

1970. Y se enfrasca en una vida plena, dedicada a la historiografía y a cuanto es más, un movimiento por él jefaturado alrededor de los años treintas-cuarentas de nuestro siglo, de renovación absoluta o cambio en la forma de acercarse a la historia, al cual se conoce bajo el nombre de *historicismo*, opuesto en corriente al materialismo histórico de tipo marxista donde el patriarca resulta ser Wenceslao Roces, español republicano quien, amén de haber ocupado la subsecretaría de Instrucción Pública de su país, traduce *El capital* de Marx, también a Engels, a Dilthey y a otros más. El positivismo ha quedado atrás. Los bloques, definidos, pugnan por la supremacía, y Edmundo O´Gorman impone su criterio, creando una escuela avasalladora. Muestra y demuestra un espíritu de grupo sin par. Poseedor de una inteligencia brillantísima, superlativa en grado, ágil mental como muy pocos, crea y recrea una escuela muy suya dentro del historicismo mexicano, atrayendo o formando a historiadores de la talla de Juan A. Ortega y Medina, hombre maduro, mismo que en el homenaje rendido a los 60 años del maestro coordina en su honor el libro *Conciencia y autenticidad histórica*, u otros más bisoños, tales los preferidos Jorge Alberto Manrique y Eduardo Blanquel, o quienes a su derredor consolidan su efectividad, así Alvaro Matute, Rosa Camelo, Roberto Moreno de los Arcos, Beatriz Ruiz Gaytán y Josefina Zoraida Vázquez, por mencionar unos cuantos. Quienes lo respetan como mentor, en su septuagésimo aniversario lo perfilan según su parecer como "profesor de pícara ironía,

deformado e incluso entenebrado" –su propia opinión transcrita–, aristocrático y simuladamente desdeñoso pero a la vez creador de lecciones tan estupendas, profundas, bellísimas, ingeniosamente expuestas e inquietantemente problemáticas, que en su momento resultan demoledoras. Para O´Gorman, la tesis de Leibnitz de que "sin filosofía la mayor parte de los problemas de la historia son laberintos sin salida" implica un imperativo. El pasado, según cuenta, en verdad nos constituye. Intérprete por vocación, en sus seminarios reforma la enseñanza de la historia mediante un análisis riguroso, sembrando en los alumnos la duda sobre verdades aceptadas. Más que tenaz y metódico resulta inconforme e insólito. Y entonces queda expuesto a la polémica.

Al abrir un nuevo modo selectivo para interpretar la historia, influenciado además por su personalidad –orgulloso, soberbio para muchos de quienes lo conocen, aplastante y poco sensible–, imparte las cátedras de historiografía, geografía histórica e introducción a la historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; de allí, sus alumnos preferidos, seleccionados con estricta severidad, ingresan a los seminarios concretos, de los cuales son memorables los del padre Bartolomé de Las Casas, fray Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante. Vale asentar que no resulta fácil ingresar a su círculo. Porque, además, vive en el protagonismo y, como derecho propio, ostenta su carácter porfia-

do y hasta controvertible con el objeto de llamar la atención: al convertirse en caudillo, muchas veces empecinado, sustenta discusiones abigarradas a partir quizá hasta de mínimas diferencias. Defendida su causa "a capa y espada," trasciende en las riñas o altercados habidos. Pongamos por caso, con el doctor Miguel León Portilla ante el pretexto ideológico del "encuentro de dos mundos" cuyo epíteto le escuece; con Marcel Bataillon por su concepción histórica sobre el descubrimiento de América; y con el padre Lino Gómez Canedo acerca de los *Memoriales* de fray Toribio de Benavente o Motolinia.

Aparte su celo polémico, es de reconocer que, como protagonista del historicismo, fundamenta el hecho histórico como un desarrollo que se va haciendo, en medio de un dinamismo en eterno movimiento. Dentro del idioma que conoce y maneja con soltura, labra intuiciones geniales, aunque a veces no pasa más allá de ellas, porque le falta tal vez el remate o el sello de la realidad. Es su imaginación la que despierta con celeridad: mediante ella maneja al lector o al escucha con perspicacia, y así lo conduce a que dé por hecho su fórmula, aun cuando ésta resulta extravagante.

En sus tres argumentos preferentes, así la *invención* de América, el criollismo y el trauma de México en su historia, Edmundo O´Gorman, sin olvidarse de su ente imaginativo, asombra. Manifiesta es la aseveración de que así "creamos o no en la fórmula revolucionaria descrita por Edmundo O´Gorman,

no cabe duda que el pensamiento del autor teórico de la *invención* es una fantasía imaginativa tal, que arrastra hacia sí la admiración y el respeto de quienes nos atrevemos a incursionar por la historia." A su manera, dentro del historicismo, él reinterpreta el acontecer histórico que en vano se ha tratado de asir bajo la especie de *descubrimiento*: del seno de una determinada imagen del mundo, estrecha y particularista, arcaica, surge un ente histórico que, al irse constituyendo en un ser, opera como disolvente de la vieja estructura y, al mismo tiempo, es el catalítico que provoca una nueva concepción del mundo más amplia y generosa. O'Gorman hace suyas las palabras de Martín Heidegger: "sólo lo que se idea es lo que se ve; mas lo que se idea es lo que se inventa". O el pensamiento lascasiano cuando a cada paso se le antoja a su favor lo mucho que desea y asienta con firmeza en su imaginación. De allí que afirme, sin ambages, que "en historia los conceptos de error, contradicción y fracaso apenas tienen vigencia verdadera. Todo es movimiento, y es maravilloso comprobar cómo una situación que parece insoluble no es sino nuevo y vigoroso punto de partida hacia una meta imprevisible. Y así, contra toda apariencia, aquella inversión de términos en la que no se discierne diferencia especial al respecto a la situación anterior, no es en verdad sino una apertura que le comunica al proceso un nuevo impulso y una nueva orientación". América, según su deducción muy particular, se separa por una circunstancia que remite a otro plano del ser: concebida por Europa a

su imagen y semejanza, y en circunstancia muy radical, es inventada como instancia que hace posible, en el seno de la cultura de occidente, la extensión de la imagen del mundo a toda la tierra, y la del concepto de historia universal a toda la humanidad.

Cuando Edmundo O´Gorman medita sobre el criollismo a su ingreso a la Academia Mexicana, hace notar que el ser hispánico originalmente trasplantado al Nuevo Mundo sufre una progresiva americanización y que, en síntesis, la historia de la Nueva España consiste en la metamorfosis de una España que por radicación histórica acaba siendo distinta al surgir el criollo, no como mera categoría racial o de arraigo domiciliario, sino como clave del ritmo de su desenlace en el choque entre dos maneras contrarias de concebir la vida novohispana , hasta el triunfo definitivo de una de ellas. Ya en *México, el trauma de su historia,* juega con las dos corrientes históricas nuestras, tratando de prender y sujetar la unidad fundamental y subyacente del acontecer como proceso de identidad: la historia gravita, en el caso de la tesis conservadora, en la inmutabilidad esencial de dicho proceso, y en el caso de la tesis liberal, en el suceder temporal y su movilidad significativa.

La vida y obra de Edmundo O´Gorman, el historiador del sitial vacío que hoy magnánimamente me cede y concede la Academia Mexicana, con todos los defectos que tuvieren por humanas, sobre su rebeldía y su sentir polemista revelan un respeto

íntimo, una honestidad sincera. Jorge Alberto Manrique nos revela que para él, "la historia es vía por la cual un hombre de su tiempo, con toda la responsabilidad de saberse hombre y el reconocerse circunstancial le da, propone su verdad".

Elías Nandino y la revista "Estaciones"

El último rincón de mi tríptico compete al sueño, en la palabra de Elías Nandino. ¿Como qué? ¿Cómo fuga cósmica sorprendia más allá de las estrellas? ¿Tal vez vivencias anímicas representadas en cinta de imágenes dentro de una fantasía durmiente? ¿O rapto onírico con lenguaje simbólico que súbito desintegra la inquietud adormilada de un espacio sin fin? No lo sé. Calderón de la Barca sonríe ante la obsesión creciente que fustiga mi letargo: "pues sé / que toda esta vida es sueño, / idos, sombras, que fingís / hoy a mis sentidos muertos / cuerpo y voz, siendo verdad / que ni tenéis voz ni cuerpo /... y caso que fuese cierto, / pues que la vida es tan corta, / soñemos, alma, soñemos / otra vez....". La existencia fugaz aprisionada en las volutas de tres giros: el pensamiento, la imaginación y el sueño.

Lo que sí bien sé es que concibo trunco el sueño de Nandino, el poeta oriundo de Cocula, nacido y muerto allí, 19 de abril de 1900 y 2 de octubre de 1993, porque únicamente pretendo referirme a su presencia - esencia y el fervor aligerado por él en la revista *Estaciones*, números 1 a 20 editados desde la

primavera de 1956 hasta el invierno de 1960 en secuencia trimestral. Revista donde hace las veces de editor - director y administrador, donde cubre la crítica de libros varios, donde guarda dedicatorias de sus conocidos, y donde pule algunos estudios-ensayos entremezclados a su sensible poesía. Si bien médico, Elías es de aquellos seres privilegiados a quienes me he atrevido a llamar poetas médicos más bien que médicos poetas. El calificativo primero que le corresponde permanece ceñido a la poesía.

Y, ¿qué es la poesía? La eterna pregunta sin respuesta exclusiva. L a de tantas interpretaciones. Incógnita si se quiere. Porque Ezra Pound la encasilla en *El arte de la poesía,* pero no la define. Y Octavio Paz, en *El arco y la lira,* antepone el renglón "la poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono", a un lujurioso almacén de calificativos extraídos casi al azar en un instante orgiástico. Para José Gorostiza cuanto importa en ella es la "intensidad". A Miguel de Unamuno le parece "la creación del poeta", siempre y cuando se considere a éste como "el que se desnuda con el lenguaje rítmico de su alma, porque el ritmo le sirve al igual que el bieldo de aventar el grano de paja en la era, para apurar su pensamiento a la brisa del cielo soleado". Quien se aproxima más a nuestro intento es Ramón Xirau al asociarla a la "búsqueda de sueños inaccesibles, es decir, de visiones, de mitos, de esplendores, a través de los sueños".

Salvador de la Cruz García ha expresado bellamente que, en la poesía, el pensamiento no se

ocupa como un siervo en comunicar al hombre con la realidad que lo rodea, sino con un poder irresistible que invade los dominios de la concepción lírica y frena los ímpetus de la sensibilidad; recapacitando, tras considerar que dicha poesía es una privilegiada criatura engendrada en los ciclos de la intuición creativa, hace notar que, obligadamente, como hechura humana pasa de mano en mano por el pensamiento y la memoria, por la sensibilidad susodicha, por la imaginación y aún por los sentidos: la inmanencia es el sustento básico de toda poesía de verdad, pues sin esa interioridad personal, el cauce del poema no recoge el limo sagrado de la inspiración creadora. Para perdurar, la poesía debe estremecer, provocar calosfríos, convertirse en esperanza y desesperanza a la vez, dejar de pertenecernos cuando se escribe. Que, según Rainer María Rilke, el poeta nato "puede decir a Dios cómo es el hombre, y al hombre cómo es Dios". Puede ser cierto aquello de que "ningún poeta escribe sus versos: todos tienen un ángel, un demonio, un silfo, que recoge la poesía del aire y se las trasmite en secreto, misteriosamente, sin que nadie –menos aun el propio poeta– se entere, como en un sueño, exacto sí, tal vez mientras duermen, tal vez mientras no duermen, sonámbulos de tantas cosas en sus noches tristes, cuando ya ningún reloj marca las horas...".

Elías Nandino es poeta, ni duda cabe. Porque, como él mismo lo dice, "inventa sueños para vivir". Y en la revista *Estaciones*, con la intención que le

destina, lo hace notar. No sólo con lo que de él publica, sino también con la crítica de los libros, que suma 32 oportunidades entre las cuales descuellan las de *Asonante final y otros poemas*, por Eugenio Florit; *El libro vacío*, de Josefina Vicens; *Al pie de la letra*, por Rosario Castellanos; *Ensayos japoneses*, de Manuel Maples Arce, y *Canto llano*, por Nuria Parés. Eugenio Florit, precisamente, cincela la descripción figurada de cuanto para él resume la poesía: "En el principio tú / flor en los labios / abeja fiel de la palabra inmensa...". Para Nandino, Josefina Vicens hace gala de claridad en la exposición de su novela; "no trabaja con letras sino con briznas de cristal limpio". Los poemas de Rosario Castellanos en *Al pie de la letra*, sin desperdicio de palabras, imágenes o metáforas, traducen un gran amor, no cantado, sino implícito, y una protesta en contra de la barbarie civilizada. El libro *Ensayos japoneses* de Manuel Maples Arce, impregnado de viaje, nos adentra en su vuelo y nos hace imaginar un mundo desnudo de alegría. Nuria Parés, en fin, con su influencia leonfelipesca, en *Canto llano* duda hasta del esquema más sencillo: "Algo debe quedar... una semilla, / una sola palabra verdadera, / una gota de sangre o una gota de llanto... / algo que no se pide y que se espera".

Del desarrollo de la revista *Estaciones* –donde la dirección recae al principio en las manos de Alí Chumacero, Alfredo Hurtado, José Luis Martínez, Elías Nandino y Carlos Pellicer, luego en las cambiantes de Andrés Henestrosa, Enrique Moreno de

Tagle, Salvador Reyes Nevares y Fernando Sánchez Mayans– surgen: en primer lugar, la sección *Ramas nuevas* en la cual florece un grupo de jóvenes aficionados a las letras, más tarde profesionales, de la talla de Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, y en segundo, el *Suplemento* identificado por la independencia de criterio que se le otorga. A los cinco años de nacida la revista, cuando termina su primera época y la responsabilidad de la edición le es concedida al señor Gustavo Sáinz, en esa transición deleznable que en muchas de nuestras programaciones acontece, sin más rastro desaparece, extinguiéndose ante el azoro de quienes tan bien la han custodiado.

En los veinte números de la publicación rondan dedicatorias a Elías Nandino como muestra de amistad y compañerismo: tres sonetos de Rafael Solana recogidos bajo el signo de *Tres ciudades distantes*, la de Tarifa al amanecer, la de Algeciras a medio-día, la de Ceuta por la tarde; un soneto más, esta vez de José Emilio Pacheco, el de *Eva*, donde Adán la encuentra "en la orilla del paraíso del amor, dormida"; la carta-protesta de Diego Rivera en la cual el muralista eleva su voz con el propósito de apresurar la suspensión inmediata de las pruebas de bombas atómicas termonucleares; *El camino en la caja*, monólogo de Hugo Argüelles en que éste da cuenta de que cada habitante de la gran ciudad es un ser perdido en su soledad; y al final, *Dos sonetos de junio*, por Carlos Pellicer, firmados en tal mes de 1958, dignos de una transcripción

parcial: "Junio trae en el hombro la paloma / que otro tiempo fue un águila. Sus manos / señalan horizontes tan lejanos / que apenas dan la altura de una loma. // Comienza a atardecer y el aire aploma / su antigua iniciativa. Con desganos / aún señalan caminos por los llanos / las vivientes angustias del idioma.// Junio en la tarde muestra su hermosura / pálidamente antigua. Noble causa / da en sus ojos la flor de su figura.// ¿ Aún hay tiempo de amar y ser amado? / Y un pájaro es el ritmo de una pausa / que da el valor del sueño y lo soñado". Cuando Elías responde a Diego su misiva, dale a conocer su iluso padecer: "Tu carta recibí, querido Diego, / y la contesto al reino de tu muerte / en donde libre de materia inerte / eres pupila universal, sosiego// en plenitud de eternidad. Te entrego / con estas líneas un abrazo fuerte / por la verdad que tu protesta vierte / contra la furia de este mundo ciego...".

Nandino aprovecha *Estaciones* para depositar con vehemencia su pensar, realista o imaginario. Con gran acierto, que nuestro exiguo tiempo no nos permite analizar en detalle. Podemos saborear, éso sí, entre otros encargos su ensayo *Después del surrealismo, ¿qué?*: a la audacia del movimiento rebelde que incendiando la realidad inicia un nuevo lenguaje de formas en donde lo vital anonada lo significativo –mediante el apoyo de la metáfora disidente, la gimnasia mental delirante, el fanatismo por la imagen, la desnudez del deseo y sobre todo la inconformidad radical con todo lo

hasta entonces aceptado–, opone un planteamiento adverso al señalar que, bajo el impulso de aquel lanzamiento, pero perdido porque existe un repudio a lo sólido por real y a lo irreal por inalcanzable, el poeta no se acomoda ya ni con la angustia ni con la esperanza; si bien el surrealismo empujó a la libertad, el desvalorizar el consciente ha desembocado en la encrucijada de no saber distinguir la verdad de la mentira, ni si pensamos nosotros o si piensan en nosotros; ¿acaso hacer verso libre en lugar de hacerlo rimado o preferir acentos en determinadas sílabas o desbocarse en circos de metáforas es su aportación trascendental?; ¿acaso un humanismo en el sentido justo de la palabra no nos daría la clave de un futuro mejor?; si la poesía que ahora se escribe -concluye- no tiene el valor espiritual y vital para penetrar en la moderna humanidad, ¿no será del todo urgente que renovemos nuestra expresión para vincularla más con sus nuevas necesidades y su nuevo temperamento?; el hombre de hoy no es igual al hombre de ayer y el poeta, avizor y profeta, debe ser la avanzada, no la retaguardia.

Poco después, en otro ensayo Elías Nandino delinea la figura de su gran amigo, el poeta de *Nostalgia de la muerte*: Xavier Villaurrutia, de quien pinta su *Retrato* y, además, recapitula su poesía. Su retrato, en una sola y enorme mirada –"miraba con el cuerpo entero"–; inapagable, desbordada, acompañada por su ceja derecha audaz, nerviosa, cargada con señales; y de sus manos finas,

ágiles, perfectas, "desatadas de los brazos para consumar a solas, en el aire, la acrobacia nívea de mímicas de cisne". Su poesía , como adivinación en el espacio y honda amargura sin llanto, abierta siempre al rumbo de su propia entraña. Luego, una *Carta a Jaime Torres Bodet* como contestación al envío fraternal de sus recientes libros de poemas *Sin tregua* y *Trébol de cuatro hojas;* ya de salida, algunas reflexiones sobre cómo interpreta a *El poeta*.

Si todo ello parece suficiente, no rezuma todavía: *Estaciones* guarda, como sublimación de la poesía de Elías Nandino, tres *Sonetos en incendio* y, según mi libre opinión, tres de sus nocturnos: *Nocturno llanto*, *Nocturno descenso* y *Nocturno cuerpo*, de lo mejor de su lira. Decantemos uno de los sonetos incendiarios: "¿A quién puedo acudir en mi tortura? / ¿A qué divinidad, a qué lucero / podré rogar que el corazón que quiero / acepte el manantial de mi dulzura?// ¿A quién debo llamar en esta oscura / quemazón de mi sangre en que me muero? / ¿A quién en dolor que desespero, / podré implorar un roce de ternura? // ¿A quién, a quien en mi amoroso infierno / confesaré la exacta biografía / de mi secreto amor enardecido? // Debe haber en el girar eterno / alguien que al escuchar mi voz sombría / le lleve mis palabras a su oído...". De los *Nocturnos*, podo fracciones del segundo, dedicado precisamente a Jaime Torres Bodet, y del tercero: "Y queremos llegar y no llegamos / porque la entraña sigue, continúa, / se vierte, se trasmina, se

dilata / en polvo giratorio, / en desbordada atmósfera de luto, / en asustado tizne vagabundo, / en espacio con rostro de obsidiana; / y queremos llegar y no llegamos / porque nace el abismo de otro abismo / que conecta, se esparce, se difunde / en cielo desastrado, éter desnudo, / huyente inmensidad, lumbre de hielo, / firmamento sin vísceras, ensanche / creciente de la zona del desaire, / prietura inconcebible que concibe / más sombras y más sombras y más sombras / encima de las sombras ; / el principio del fin, y el principio / de un vértigo de hondura / que detiene al caer de nuestra fuga / y nuevamente nos levanta a flote. / Un instante de más y está la muerte"... "Si soy su dueño, ¿por qué lo siento ajeno, / despegado de mí –sombra de un árbol–, / corteza dolorida de mi angustia, / vendaje que me oprime, ademe frágil, / imán que me atesora y me trasmina, / materia que yo arrastro y que me arrastra? / Y estoy en él, presente, inevitable, / unido en el monólogo y la espera, / crecido en su reverso y denunciado / por sus manos, sus ojos, sus azoros, / el desenfreno de sus fantasías / y su vaivén de júbilo y zozobra...".

La poesía de Nandino es de múltiples presencias: amor, soledad, muerte, amargura, desolación dentro de su realidad. Sus sonetos, pasionales, según Gabriel Leyva "estremecen por un interno fuego que quema sus entrañas". Ya desde muy pronto, 1953, Antonio Castro Leal lo rastrea diciendo que "su importante obra poética es un ascenso continuado, en el que va ganando en hondura con-

forme se despoja de las galas retóricas y discursivas; en una música desornamentada y grave canta un amor desolado y un noble desaliento". Si bien puede parecer repetitivo, para algunos monótono, en sus poemas de ausencia alcanza un clímax de profundidad y de seguridad expresiva, y en su madurez –cuando la voz se ha afinado, adelgazado, librado de las adjetivaciones superficiales– captura un acento personal donde priva la obsesión de la muerte, en cuyo horizonte nada se pierde. Llega a ser descarnado, agónico, náufrago en la transición que el sueño le procura. En *Nocturna suma*, tal vez su mejor logro poético, él mismo ajusta su propósito literario: " Quiero letras de luz, agua de lluvia, / desnudeces de flor, / para este anhelo de querer decir / lo nunca dicho, / lo que siento y vivo / más allá de mi cuerpo y en mi cuerpo..." Precisamente Xavier Villaurrutia lo encadena " auscultando su propio tronco ardiente en tanto coloca al descubierto las capas profundas de la tierra de su cuerpo, hasta extraer de sus repliegues los ligeros pájaros y los seres marinos que el hombre ha ido ocultando en el hombre ". En sus décimas –imposible olvidarse de ellas– recoge solemnidad, color y amargura, intimidad, movimiento y pasión. Desde su mundo interior ordena un recogimiento íntimo traducido en mensaje: "Cuando el hombre se funde con la sombra / y la sombra lo rebela y lo revela / al ser que busca ser, / una verdad asible, un algo que defina / su dolor de vivir, su espera errante, / cierra los ojos para ver mejor". Germán Pardo García lo cataloga como un gran atormenta-

do: no es mentira que sea "dueño de sus dolores como el mar su sal".

En *Estaciones*, Elías Nandino, ni más ni menos, nos entrega la huella de su espíritu, ejecutando el poema como discurso que exige y que arrastra un enlace continuo entre la *voz que es* y la *voz que viene y debe venir*: así es como se muestra, con su verbo que excita nuestro estado afectivo. ¿Dónde su afán? ¿Dónde su arrebato de sinceridad? "Yo quiero mi palabra: / la que nazca de mí tan simplemente / como el canto en el pájaro salvaje, / la que pueda decir y diga siempre / mi verdad verdadera, / sin adornos ni brillos que la vistan, / límpida en sus pecados y virtudes".

Agradezco vuestra benevolencia a mi recibimiento, señores académicos y, sin vanidad alguna, os dejo mi pensar, mi imaginación y mis sueños, como lo expresé desde el inicio de mi plática. Vibro dentro de una sensación extraña. Cabalgo en otro mundo...

Addenda

1 La producción fecunda de Edmundo O´Gorman ha sido revisada parcialmente. Ni con mucho se ha realizado la revisión global de su obra. Lo consultado está en las listas de las *Referencias.*

2 En la revista *Estaciones*, Elías Nandino escribe ensayos y poemas, según dijimos. Títulos de ellos: *Estudio y pequeña antología poética de Emilio Ballagas*, núm. 2, Verano de 1956: *Después del surrealismo, ¿qué?*, núm. 3, Otoño de 1956: *Retrato* –de Xavier Villaurrutia-, núm. 4, Invierno de 1956; *La poesía de Xavier Villaurrutia*, mismo número; *Nocturno llanto*, núm. 7, Otoño de 1957; *Contestación a Diego Rivera*, núm. 8, Invierno de 1957; *Carta a Jaime Torres Bodet*, núm. 11, Otoño de 1958; *Nocturno descenso*, mismo número; *Nocturno cuerpo*, núm. 12, Invierno de 1958; *Sonetos en incendio*, núm. 16, Invierno de 1957; y *El poeta*, núm. 18, Verano de 1960.

3 La crítica de Elías Nandino, reflejada en la revista *Estaciones*, incluye: núm. 2: *Perfil de la raíz*, por Ricardo Bogrand, y *Cuadernos médicos*; núm. 4: *Algo de amor y otros poemas*, por Sabás Cruz García, *Escuela de cortesanos*, por Wilberto

Cantón, *Anécdotas, cuentos y relatos,* por José Rojas Garcidueñas, y *Hemerografía potosina,* por Joaquín Meade; núm. 5: *Pliego de testimonios,* por Marco Antonio Montes de Oca, y *Asonante final y otros poemas,* por Eugenio Florit; núm 6: *Glosas y décimas de México,* por Vicente T. Mendoza, *Poemas,* por Rosario Castellanos, *Los cantares de Piza,* por Ezra Pound, y *Tiempo,* por Isidro Conde; núm. 7: *El extraño,* por Leopoldo de Luis, *Exilio,* por Sara García Iglesias, *Las artes plásticas en Jalisco,* por José G. Zuno, y *El cristianismo medieval y moderno,* por Charles Guignebert; núm. 11: *El libro vacío,* por Josefina Vicens, *Desatadura,* por Jesús Arellano, *Plegaria Grave,* por Luisa Pasamanik, y *Acto propicio,* por Fernando Sánchez Mayans; núm. 13: *La sombra,* por Arsinoe Moratorio, poemas, *Sonetos elementales,* por Mercedes Durand, *Una espina de sal,* (?), por Carlos Juan Islas, *Clamor hacia la luz,* (?), por Dionisio Aymara, y *Miguel Hernández-tino y poesía,* por Elvio Romero; núm 14: *Al pie de la letra,* por Rosario Castellanos, *Ensayos japoneses,* por Miguel Maples Arce, *La eternidad esquiva,* por Fernando González Urizar, y *Poemas con bastón,* por Arnoldo Liberman; núm. 16: *Viaje impreciso,* por Alfredo A.Roggiano, poemas, y *Amantes,* por Jorge Gaitán Durán, poemas; y núm. 18: *Canto llano,* por Nuria Parés.

Referencias

Caillois, Roger. *Imposturas de la poesía.* Revista *Estaciones* núm. 12. Invierno de 1958.

Calderón de la Barca, don Pedro. *Obras completas.* Tomo I. *Dramas. La vida es sueño.* Edición , prólogo y notas por el profesor Angel Valbuena Briones. Aguilar. Madrid. 1959.

Corripio, Fernando. *Gran diccionario de sinónimos, voces afines e incorrecciones.* Editorial Bruguera, S.A. Barcelona. Mayo, 1974.

Dauster, Frank. *La poesía de Elías Nandino.* Revista *Estaciones.* núm. 19. Otoño de 1960.

de la Cruz García, Salvador. *La poesía inmanente de Guadalupe Amor.* En: Schuessler, Michael Kare. *La undécima musa: Guadalupe Amor.*

Diaz-Plaja, Guillermo de Monterde, Francisco. *Historia de la literatura española e Historia de la literatura mexicana.* Editorial Porrúa S.A. México. 1960.

Discursos en el homenaje a Edmundo O 'Gorman en su septuagésimo aniversario. Centro de Estudios de Historia de México. Condumex, S.A. México. 1977.

Enciclopedia de México. Director: José Rogelio Alvarez. Enciclopedia de México. Secretaría de Educación Pública. Ciudad de México. MCMLXXXVIII.

Estaciones. Revista literaria de México. Editores: Elías Nandino y Alfredo Hurtado. Números 1 a 20. Primavera de 1956 a Invierno de 1960. México.

Gómez de Silva, Guido. *Breve diccionario etimológico de la lengua española.* El Colegio de México. Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V. México. 1988.

González Luis. *El oficio de historiar.* El Colegio de Michoacán. Zamora, Mich. 1988.

Hurtado, Alfredo. *La poética de Elías Nandino.* Revista *Estaciones* núm.1. Primavera de 1956.

Laín Entralgo, Pedro. *Técnica, ética y amistad médica.* En: García Viveros, Mariano, compilador. *Medicina y Sociedad.* Biblioteca de la Salud. Serie Fronteras. Secretaría de Salud. Fondo de Cultura Económica. México D.F. 1994.

Leiva Raúl. *Imagen de la poesía mexicana contemporánea.* Centro de Estudios Literarios. Universidad Nacional Autónoma de México. Imprenta Universitaria. México. 1959.

Monsiváis, Carlos. *La poesía mexicana del siglo XX. Antología.* Empresas Editoriales, S.A. México Junio de 1966.

Moreno de Tagle, Enrique. *Poesía y criaturación.* Revista *Estaciones.* núm. 11. Otoño de 1958.

Nandino Elías. Ensayos, poemas, crítica, en la revista *Estaciones.*

Ocampo de Gómez, Aurora M. y Prado Velázquez, Ernesto. *Diccionario de escritores mexicanos. Panorama de la literatura mexicana* por María del Carmen Millán. UNAM/Centro de Estudios Literarios. Coordinación de Humanidades. México D.F. 1967.

O´Gorman, Edmundo. *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI.* Sep Setentas Diana. Secretaría de Educación Pública. México. Julio de 1979.

Del amor del historiador a su patria. Palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Letras,

1974. Centro de Estudios de Historia de México. Condumex, S. A. México. 1974.

Estudio crítico *Ordenanza de Cristóbal Colón. Manuscrito colombino O´Gorman-Condumex.* Facsimilar. Centro de Estudios de Historia de México. Condumex. México. 1978.

Fantasmas de la narrativa historiográfica. Alocución leída en el salón de actos de la Universidad Iberoamericana en la recepción del Doctorado Honoris Causa en Humanidades. Ciudad de México, 4 de octubre de 1991. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia. Centro de Estudios de Historia de México. Condumex. México. 1992.

Fundamento de la historia de América. Imprenta Universitaria. México. 1942.

Guía bibliográfica de Carlos María de Bustamante. Trabajo realizado por el seminario de historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección del doctor... Centro de Estudios de Historia de México. Fundación Cultural de Condumex S.A. México, D. F. 1967.

Historia de las divisiones territoriales de México. Editorial Porrúa, S. A. "Sepan cuantos..." núm. 45. México.

Homenaje al fundador de la Universidad Nacional de México, don Justo Sierra. Septiembre 13 de 1985. Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Chimalistac. Ciudad de México. MCMLXXXVI.

La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente. Fondo de Cultura Económica-México-Buenos Aires. 1958.

La supervivencia política novo-hispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano. Fundación Cultural de

Condumex, S. A. Centro de Estudios de Historia de México. México. 1969.

Meditaciones sobre el criollismo. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana correspondiente de la Española, y respuesta del académico de número y cronista de la ciudad, señor don Salvador Novo. Centro de Estudios de Historia de México. Condumex, S. A. México. 1970.

Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España. Fray Toribio de Benavente o Motolinia. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas. México. 1971.

México, el trauma de su historia. Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección de Publicaciones. México. 1977.

Palabras pronunciadas al recibir el premio de historia "Rafael Heliodoro Valle", 1981. Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Chimalistac. Ciudad de México. MCMLXXXIV.

Seis estudios históricos de tema mexicano. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Veracruzana. Xalapa, México. 1960.

O´Gorman, Edmundo y Bataillon, Marcel. *Dos concepciones de la tarea histórica. Con motivo del descubrimiento de América.* Imprenta Universitaria. UNAM. México. 1955.

O´Gorman, Edmundo y Novo, Salvador. *Guía de las Actas de Cabildo de la ciudad de México.* Departamento del Distrito Federal y Fondo de Cultura Económica. 1970.

Paz, Octavio. *El arco y la lira. El poema. La revelación poética. Poesía e historia.* Lengua y estudios literarios. Fondo de Cultura Económica. México, D. F. 1956.

Pound, Ezra. *El arte de la poesía.* Serie del Volador. Joaquín Mortiz. México. Octubre de 1970.

Russell, Dora Isella. *La poesía, oficio secular.* Revista *Estaciones* núm. 9. Primavera de 1958.

Schuessler, Michael Karl. *La undécima musa: Guadalupe Amor.* Prólogo de Elena Poniatowska Amor. Editorial Diana. México. Junio de 1995.

Valéry, Paul. *Introducción a la poética.* Revista *Estaciones* núm. 2. Verano de 1956.

Xirau, Ramón. *Poesía y conocimiento.* Cuadernos de Joaquín Mortiz. Editorial Joaquín Mortiz, S. A. México, D. F. Mayo de 1978.